

# **El viaje**

Pura Azorín Zafrilla

El Jurado de este Premio estuvo compuesto por M<sup>a</sup> Cristina Soriano Gil, presidenta; Cecilia Belchí Arévalo, Concha López Díaz, Lourdes Ortega Puche, Martín Martí Hernández y José Manuel Vidal Ortuño, secretario. . .

© Pura Azorín Zafrilla

© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche".

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche".

Diseño colección: Victoria Carpena.

Imprime: Yecla-Grafic, s. l.

I.S.B.N: 84-922411-2-8.

Dep. Legal: MU-153-1997.

Cierra uno tras de sí la puertecita de la infancia, y penetra en un paisaje encantado.

Joseph Conrad

## En la gruta

El anciano hechicero y su discípulo estaban en el interior de la fresca gruta. El muchacho desleía los terrones de color en un cuenco de piedra revolviendo con un junco la solución acuosa; añadía un poco de ocre pulverizado y removía con cuidado hasta conseguir un tono uniforme. El maestro tanteaba con sus manos rugosas la superficie de la roca produciendo un rasgueo extraño, y el muchacho pensó en una vieja tortuga que se arrastrara, porque el maestro cada vez se parecía más a un reptil; tal vez estaba empezando su metamorfosis hacia aquello que sería en la Otra Parte; ya era muy viejo, era la persona más vieja que el aprendiz había conocido. También la más venerable y sabia. Miró al anciano y una oleada de ternura lo invadió; al fin y al cabo, aquella especie de reptil era lo más parecido a un padre que él había conocido.

Acercó un tazón lleno de grasa, donde brillaba una pequeña luz al extremo de una mecha de musgo, y la pared se iluminó. El viejo lo agradeció con un gruñido; entre ellos no utilizaban muchas palabras. El maestro, que acariciaba con la yema de los dedos los entrantes y salientes de la piedra, tenía la suave cadencia de la iguana. Al fin, el muchacho supo que había encontrado el sitio adecuado porque escuchó un estertor de satisfacción, un silbido entre las encías desdentadas y los labios arrugados y, sin perder tiempo, frotó con una suave piel de conejo, limpiando la superficie, mientras el anciano hechicero elegía los pinceles. En estos momentos preliminares el muchacho siempre sentía una emoción especial y la mágica Montaña cobraba todo su valor. Era aquel el tiempo en que los dioses se adoraban en cavernas abiertas en lugares elevados, y los Antepasados,

durante generaciones, habían buscado estos lugares para comunicarse con la Otra Parte.

El hechicero ya estaba preparado para el ritual; sobre la cabeza, entre las guedejas canosas y ralas, había derramado esencia de romero y lucía la capa cubierta de signos y marcas que le brindaba un escudo protector de los malos espíritus. Recitó unas palabras misteriosas que salieron de sus labios como un murmullo de hojas secas y tomó entre los dedos un pincel; tomó uno que el día anterior había fabricado el muchacho con un mechón de su propio cabello atado fuertemente a una caña todavía verde, y el chico sintió que el pecho se le llenaba de

orgullo; era la primera vez que usaba uno de sus pinceles en el rito.

El anciano lo hundió en el cuenco y comenzó a extender la pintura; aprovechaba las protuberancias naturales de la roca para sugerir la masa anatómica del animal. El leve resplandor que entraba por la boca de la cueva era insuficiente y el muchacho acercó otra lamparilla; ahora la encorvada silueta del maestro se proyectaba fantasmagórica, multiplicada y, durante un instante, fue como si estuvieran reunidos los anteriores hechiceros que durante generaciones habían pintando bisontes y osos y ciervos, y el muchacho volvió a sentir la emoción de la primera vez que el maestro le hizo entrar en la cueva sagrada, de nuevo recordó el sentimiento de lo prodigioso de alguna manera tuvo la certidumbre de .vivir un momento único

- En aquel día ya lejano que recordaba como un sueño, el maestro introdujo las manos del niño en una solución arcillosa y luego las aplicó a la roca, dejando la impronta de sus palmas y sus: gordezuelos dedos, y el niño reconoció con asombro en las manchas de la pared sus propias manos. Desde entonces supo que lo que hacía el brujo rozaba la magia, se adentraba en un mundo misterioso Después, poco a poco, con infinita paciencia, el anciano le adiestró en su oficio.

Desde entonces, ambos recorrían el Valle, caminaban por las suaves lomas de la comarca y las orillas del arroyo buscando materia

les, un trozo de níquel de origen meteórico o una pepita de hierro que el anciano recogía con sus dedos engarfiados y la mantenía delante de sus apagados ojos: "Muchacho, lo trituras finamente con cantos rodados y lo mezclas con resina, o con saliva". Luego, el viejo se enderezaba con dificultad y ambos continuaban hasta que el maestro se detenía ante una mancha rojiza en el suelo y hurgaba con su cayado hasta arrancar los terrones de ocre que guardaba celosamente en su bolsa de cuero. Pero eso era antes. Ahora el hechicero apenas tenía fuerzas para recorrer el Valle; ahora pasaba sin ver los valiosos trozos de mineral que el agua arrastraba, tan útiles para elaborar los colores; ahora, a menudo se sentaba en las piedras del camino y así, muy quieto, como otra roca, como un lagarto, permanecía largo rato.

El hechicero dejó los pinceles y con un ademán cansino indicó al muchacho que recogiera los útiles esparcidos. Como un caimán, se arrastró penosamente hasta la puerta de la cueva en donde tenían su cubil; unas gruesas pieles que les servían de cama, una pequeña despensa donde almacenaban algunos alimentos, carne seca, fruta, un recipiente con agua. Siempre había un fuego encendido; era misión del hechicero mantenerlo siempre vivo y, si se apagaba, sería señal de que los espíritus benefactores los habían abandonado. Añadió unos carbones musitando una oración y las llamas chisporrotearon. Después se derrumbó con crujir de huesos sobre un áspero pellejo cercano a la entrada. Parecía un fósil inmóvil con los ojos entrecerrados, pero observaba con satisfacción al chico que con habilidad limpiaba y ordenaba los delicados materiales y doblaba cuidadosamente la capa ritual. Ya tenía cumplidos diez años y, si fuera su hijo, no lo amaría más.

El muchacho acercó al anciano un cuenco de leche fresca y cremosa y extendió junto a él su manto. Se quedaron mirando el atardecer sobre los cerros; contemplaron las manadas de uros y de búfalos recorriendo la llanura y levantando una polvareda lejana, las liebres brincando por los peñascos próximos. El viejo dijo: "Mucha-

cho, es tarde", pero no se movieron de sus sitios. Así permanecieron hasta que el hombre encargado de encender las estrellas las hubo encendido todas.

## El Valle

Dos niños estaban lanzándose agua en la orilla del arroyo, allí donde remansa y los guijarros se ven a través de la suave corriente. Eran muy pequeños, apenas sabían caminar y a menudo resbalaban y caían salpicándose y riendo; sus madres vigilaban un poco más lejos. Cuchicheaban entre ellas y metían las manos entre los juncos tiernos para sacar del fango moluscos de agua dulce, deliciosos gusanos y larvas brillantes que una vez aderezadas serían la succulenta cena familiar .

El aprendiz, con su bolsa al hombro, buscaba materiales para elaborar las pinturas del hechicero, colorantes minerales, pigmentos arrastrados por el río. Sentía el sol sobre su piel y escuchaba las risas de los niños. El invierno había pasado y los días se alargaban. Las golondrinas habían vuelto y volaban en círculos sobre su cabeza y una gacela temerosa fue acercándose. Pronto podrían recoger el grano de la avena, la rudimentaria plantación de trigo ya apuntaba las verdes espigas a orillas del río, y habría abundante caza; las mujeres tenderían los trozos de carne sobre fogatas de leña húmeda para ahumarla, y así poderla conservar durante meses, y un delicioso olor flotaría en la pequeña aldea, una docena de chozas de tronco y piedra selladas con adobe, en la ladera de la Montaña sagrada de los Antepasados. El muchacho miró la silueta en forma de hacha semienterrada del mágico lugar; o tal vez se parecía a un gran colmillo que se abría paso a través de la encía sonrosada de la tierra, sobresaliendo imponente. Desde cualquier punto del Valle podía verse la Montaña dominando la vida de los pobladores y hacia aquel monte se orientaban con oscuro temor para pedir que el invierno no fuera demasiado frío ni el

verano demasiado caluroso, que las imprevisibles crecidas del río no arramblaran las chozas, que la serpiente de fuego que se dibuja en el cielo durante las tormentas cayera lejos.

El aprendiz de brujo conocía los límites de su mundo. Había, subido río arriba en su pequeña canoa de tronco hasta llegar a nacimiento el arroyo, muy cerca de las inquietantes comarcas de norte, las Tierras Altas, el lugar de donde venía todo lo terrible, los fríos y los pueblos fieros que comían carne cruda y no enterraban a sus muertos, hombres bárbaros que en tiempos de escasez bajaban con sus armas afiladas robando y devorando a su paso corderos y novillos

Y el muchacho se había dejado llevar por la corriente hasta la laguna, un remanso de agua verdosa encajada entre laderas que terminaba abruptamente junto a la altísima pared escarpada de la sierra de la Sal, que era el otro límite de la tierra conocida. Al pie de esta sierra, unas gentes apacibles vivían en unas extrañas casa: flotantes, hechas de ramas ensambladas con la aromática resina que brota de los troncos de árboles que crecen en la ribera, una olorosa resina que también utilizaba el hechicero para diluir los colores, y que iban a buscar tras una jornada de viaje. Estos hombres de la Laguna también guardaban las minas y extraían con esfuerzo el preciado mineral, tras trepar penosamente la empinada ladera de la sierra luego, a cambio de la sal, obtenían pieles que los habitantes del Valle hábiles curtidores, cazaban en las Tierras Altas.

Conocía todos los rincones del Valle; le gustaba vagar por el territorio y podía recorrerlo de punta a cabo en unas pocas jornadas Por atajos que él sabía, llegaba al sitio de la sierra del Cuchillo donde los Antepasados enterraban a sus muertos en unas grandes urnas, y caminaban sobre las sepulturas. A través de sendas secretas, se acercaba a las extrañas lomas que escondían unos incomprensibles mensajes grabados en la roca arenisca, y repasaba con los dedos la preciosa estrella de ocho puntas, y sentía en su piel la magia que emanaba del lugar.

Y el aprendiz también conocía los sitios donde anidaban las aves que cada primavera ponían sus huevos entre los juncos tiernos, y dónde se encontraban las primeras cerezas. Miró a su alrededor; los manzanos silvestres cuajados de flores anunciaban una abundante cosecha de frutos, la gacela terminó de perder el miedo acercándose a beber y las golondrinas descendieron en círculos hasta tocar con sus picos la superficie brillante; el aprendiz se sintió repentinamente feliz de vivir en el Valle, tan inexplicablemente alegre que no pudo evitarlo; entró en el agua, que era clara y se veían en el fondo caracolas, y hundió los pies; luego saltó y saltó improvisando una danza y mil gotas salieron por los aires y, durante un instante, reprodujeron los colores del arco iris.

-¡Buen día, buen día, Yaco! -saludaron las mujeres que buscaban en la arena. Al muchacho le agradaba escuchar su nombre, algo tan íntimo que sólo se nombraba dentro de la familia, pero es que Yaco era un poco hijo de todas las mujeres de la tribu; cuando era más pequeño y tenía necesidad de ser abrazado, recurría a otras madres a falta de una propia; Yaco nunca fue rechazado cuando se deslizaba entre los pliegues del manto de cualquier mujer en las noches de tormenta.

-¡Buen día! -respondió cesando su danza del agua y se puso muy erguido; ahora ya no temía las serpientes de fuego que se dibujan en el cielo, ahora era casi un hombre y aprendía un oficio. Vio en el suelo un buen trozo de ocre amarillo, lo guardó en su bolsa. y siguió su camino.

Subió la cuesta y se adentró en el poblado que bullía de actividad. Las mujeres se encargaban de la mayor parte del trabajo del campo, recolección de frutas, tubérculos y grano, y de todo el trabajo de la casa, trenzado de canastas tan densas que podían contener líquidos, modelado de arcilla para utensilios domésticos, curtido de pieles, pero también aventaban y molían las espigas para hacer harina y acarreaban agua del río porque no eran nada remilgadas. Solían

hablar abiertamente entre ellas todo el rato, interrumpiéndose y riendo, aunque este comportamiento no era muy bien visto por los hombres que las tachaban de lengua larga.

De una choza surgió una anciana y entregó Yaco unas hojas de helecho que envolvían un queso fresco; entre todos los habitantes del valle proveían de alimento al brujo y al aprendiz. "Cuando se reparta a caza, guardaré el corazón del lince para el hechicero", le dijo a Yaco apartando los ojos, porque las mujeres nunca miraban a los hombres directamente al rostro, aunque fueran casi niños todavía.

- Larga vida, vieja Ona -le saludó con cariño.

Una muchacha con la cara brillante y fresca como el vientre de una carpa estiraba una larga córnea que había sacado en espiral de un pellejo; Yaco tomó la cuerda y comprobó su resistencia. Con gesto de :sombro alabó la habilidad de la orgullosa curtidora. La muchacha lizo un ovillo con la cuerda de cuero y se la dio al muchacho.

- La he hecho para ti, Yaco. Es muy útil.

El muchacho la guardó en su bolsa y a grandes zancadas terminó de cruzar el poblado de cabañas.

En las afueras, un grupo de hombres estaba reunido a la sombra de un enorme nogal. "Preparan la cacería", pensó Yaco acercándose al grupo. Los hombres se ocupaban de la pesca, la caza del pastoreo, mas hoy todavía no había comenzado la actividad.

Formaban un círculo y charlaban, pero eran rigurosos en ceder continuamente la palabra al miembro de más edad, según un rígido protocolo.

-Oigamos lo que tiene que decir Morro de Liebre -dijo con lucha parsimonia un hombre joven, pues todavía tenía completa la dentadura. Utilizar el nombre propio era considerado signo de debilidad o cosa de mujeres; además, pronunciarlo fuera de la familia era tabú y podía traer la desgracia a la persona, por eso utilizaban lotes generalmente relacionados con el aspecto físico de cada uno.

Entre pregunta y respuesta podía transcurrir un buen rato

porque eran lentos en elaborar las frases. Al fin, Morro de Liebre señaló a un hombrón fornido y anunció ceremonioso:

- La asamblea debe oír primero a Cara Roja.

Yaco, que conocía lo quisquillosos que eran los hombres de la tribu, los miraba divertido. Entonces, el gigantón, frunciendo las cejas como si quisiera atrapar un único y travieso pensamiento que se le escapaba, respingó.

-Que hable el Zurdo.

Pasado el tiempo, un hombrecillo casi tan viejo como el hechicero señaló al cielo con el cayado que llevaba en su mano izquierda y dijo con aspereza.

-El sol está muy alto. Ya es tarde.

Y el grupo se fue disolviendo lentamente.

## El secreto

Cuando había luna llena, se bailaba en las laderas de la Montaña sagrada a la luz de las hogueras y el hechicero pronunciaba conjuros con una voz extraña llena de palabras de oscuro significado.

Acabado el ritual, cada cual se retiraba a su abrigo. Los pobladores del Valle evitaban traspasar el umbral de la cueva, tal era el respeto, casi pavor, que les inspiraba la Montaña.

Sin embargo, Yaco se había criado entre sus galerías húmedas comunicadas entre sí por innumerables pasadizos de musgos y helechos. Conocía una gruta recóndita donde las gotas de agua se mantenían durante días en el filo de agudas estalactitas que colgaban del techo, formando lentamente esbeltas columnas de colores nacarados y donde, de vez en cuando, se oía el eco sutil de una gota que se desprendía y caía al suelo. En sus subterráneas correrías, el aprendiz de brujo había caminado por un bosque petrificado, con los troncos transformados en cuarzo, las ramas en delgados cristales de mineral brillante, tan erguido como estaba hace millones de años, antes de que el lago fuera enterrado a causa de una erupción volcánica.

Un día, Yaco vio una oquedad en la que antes no había reparado por estar oculta bajo los brezos; los apartó y encontró el inicio de un pasadizo desconocido que descendía a las profundidades de la montaña. Se deslizó por el hueco de bordes rocosos un buen trecho, en medio de la oscuridad, esquivando las aristas. Tenía los dedos doloridos porque ahora el túnel era apenas más ancho que su cuerpo y la única forma de avanzar era reptando. Pensó en volver, pero el regreso era imposible; el pasadizo se alargaba en una única dirección y era tan estrecho que no podría girar sobre sí. Y continuó

arrastrándose sobre su vientre.

Sintió una roca como un cuchillo frío que le cortaba la piel de la frente, pero siguió deslizándose. Empezó a pensar que se iba a desmayar, que quizá moriría allí mismo. Un líquido espeso y dulzón llegó hasta sus labios y se acordó de la brecha de la frente. Nadie encontraría su cuerpo; el hechicero no podría celebrar el rito del

enterramiento; nunca descansaría en el mundo de los espíritus. Si tuviera algún terrón de ocre entre los pliegues del jubón, tal vez podría deshacerlo con saliva, o mejor con sangre, y untarse el pelo y el pecho y los pies, como hacía el brujo; en realidad, se consoló, ya estaba enterrado bajo montones de tierra.

Entonces, poco a poco el camino fue ensanchándose; el suelo se tapizó de un musgo suave y fragante y una leve claridad filtrada por alguna rendija remota le permitió avanzar más fácilmente.

Al fin pudo ponerse de pie y ver el extremo del pasadizo, Aliviado, caminó decidido, pero éste terminaba abruptamente en mitad de una pared lisa que descendía en vertical. El túnel se asomaba a un espacio mayor, a una gran cueva cuyas dimensiones multiplicaban el goteo de una lejana agua fluyendo.

Y entonces lo vio.

Un enorme mural ocupaba toda la pared de la cueva, desde el techo hasta el suelo; Yaco dejó escapar una exclamación que rebotó como una piedra. Con los más increíbles colores, estaba representado el arroyo serpenteando entre los riscos del valle que tanto conocía; y las Tierras Altas del norte, la helada estepa cruzada por manadas de mamuts pardos; y al sur la verdosa Laguna sobrevolada por una bandada de pájaros de alas rojas y largos picos; y también pudo entrever la silueta inconfundible de hacha semienterrada de la Montaña. Cuando Yaco se acostumbró a la luz escasa descubrió unas figuras y supo que simbolizaban lo masculino y lo femenino, y las fases de la luna, las estrellas. En una mancha violeta estaba apresado el crepúsculo que el día anterior había contemplado junto al hechicero.

Cerró los ojos; tal vez estaba soñando y todo era un espejismo, como el agua que se ve a lo lejos, en los secarrales, los días de calor.

Cuando los abrió de nuevo, Yaco vio que el mundo no se acababa en el perfil de animal dormido de la sierra de la Sal, vio que muy lejos, más allá de todo lo conocido, por el lugar donde el sol sale cada día, había una extensión azul cobalto que era como si el cielo y la tierra se fundieran en una materia especial, enigmática, que lo atraía, que no podía dejar de mirar. Permaneció frente a aquello, en la misma posición, aguzando la vista hasta que aparecieron manchas delante de sus ojos; sintió vértigo y notó que hacia él se acercaba un trote veloz, e hizo un gesto para ponerse a salvo, pero no era más que el latido de su propio corazón.

El aprendiz de brujo comprendió que al final del camino, con un premio, estaba lo Azul, estaba aquella extraña y magnética cinta azul.

Y así es como Yaco vio por primera vez el mar.

No supo cuánto tiempo permaneció dentro de la gruta, pero al salir, el sol estaba ya muy bajo sobre la línea del horizonte.

## Las preguntas, las respuestas.

Durante los días siguientes Yaco estuvo ensimismado. Él, que nunca paraba un instante en el mismo lugar, a menudo se quedaba quieto, porque ahora dentro de su cabeza se había encendido una chispa que lo inquietaba.

A veces se introducía en la gruta y permanecía durante horas contemplando el mural. Un día llevó con mucho cuidado una brasa en el interior de una nuez hueca y, dentro de la cueva, prendió la mecha de una pequeña lámpara. La luz alumbró y de entre las sombras surgió lo Azul, la extraña materia que parecía palpitar incomprensible y absorbente. Y entonces el aprendiz decidió buscar allá donde estuviera, porque sintió, como una punzada, el deseo inaplazable de conocer ese remoto mar.

Unos días después, fabricaban lamparillas. Yaco trenzaba pequeñas mechas de musgo seco y las introducía en cuencos que el maestro llenaba con grasa teñida de rojo, el color que protegía de la mala suerte; pero el aprendiz dejaba vagar su mirada, se distraía, detenía su tarea. El maestro esperaba paciente con el tibio pellejo de grasa en sus manos y observaba al muchacho.

- Maestro, ¿qué hay detrás de los montes de Sal?

Yaco había iniciado la conversación, aunque era costumbre que los mayores hablaran primero. El hechicero fingió que no le importaba y respondió sin apenas mover los labios, como habría hecho una tortuga soñolienta:

- El Cortado de los Buitres.

-¿Y después del Cortado, maestro?

- Está la Frontera.

- Pero, maestro, ¿qué hay más allá de la frontera?

- Pues cualquier cosa -dijo el anciano- . O nada.

Yaco no siempre entendía al maestro. Miró confuso las briznas de musgo que se habían deshecho entre sus dedos.

- Pero, maestro, ¿qué hay detrás del Valle?

- Detrás de un valle) siempre hay un monte. O quizás es al contrario; da igual aprendiz) da igual.

Yaco abrió dos o tres veces la boca intentando decir algo, pero finalmente desistió y guardó silencio.

- Muchacho, -dijo el viejo mago después de tomarse un tiempo de reflexión- te haces preguntas. Pero hay más preguntas que respuestas.

El maestro tenía la costumbre de hablar siempre en voz muy baja y Yaco aguzó el oído para que ninguna palabra se le escapase. Pero no hubo más palabras.

Continuaron su tarea. Las lamparillas se enfriaban alineadas. Los cuencos estaban hechos con una sección de tronco vaciado o una simple piedra cóncava. El maestro dejó el pellejo de grasa en el suelo Y, lentamente, se acercó donde chisporroteaba un pequeño fuego. Arrimó una rama seca de manzano a las llamas y la cueva se inundó con el olor dulce que produce esa madera. Yaco seguía trenzando las mechas. El maestro, con un movimiento de la mano y un cabeceo, lo invitó a que se sentara junto a él. Ambos quedaron con las piernas cruzadas mirando la fogata durante un rato.

- Lo has visto -musitó el hechicero con voz muy suave.

- Sí.

- Si lo has visto, es que lo tenías que ver.

- Sí -volvió a decir el aprendiz.

Entonces Yaco trató con toda su fuerzas de reagrupar sus pensamientos dispersos. Quiso decirle al maestro que sabía que el mundo no se acababa en el Valle, que estaba poblado de cosas maravillosas que debía buscar, y encontrar; y verlo todo, y sentirlo.

Pero sólo pudo dejar escapar un suspiro como una brisa que atravesó el caparazón del hechicero y, por un instante, calentó su sangre fría de reptil.

El maestro le quiso abrir su corazón, le quiso decir que también él se hacía preguntas, y que dudaba del valor de la magia porque no siempre podía apresar el espíritu de las cosas con las pinturas, y que tantas, tantas veces no entendía el mensaje de los Antepasados... Se acordó de que él también fue joven y quiso un día partir. Le quiso decir: "Ve, muchacho, busca lo maravilloso, pero quizá lo maravilloso está en ti".

Sin embargo, nada dijo y tan sólo se encogió un poco más debajo de los pliegues de su capa y de su piel. El muchacho lo miró y advirtió que estaba muy viejo; le tomó una mano surcada de venas azuladas y con el dedo las recorrió, tal como el viejo le dejaba hacer cuando el chico era más pequeño.

-Maestro... -empezó a decir; pero el hechicero negó con la cabeza para hacerle comprender que no eran necesarias las palabras entre ellos.

## El Camino

Cuando Yaco abrió los ojos, vio que la boca de la cueva se recortaba en el primer resplandor del alba. Miró la luna casi transparente, las pálidas estrellas y se dijo: "Es el día de partir".

De un salto abandonó la suave piel de cordero que le servía de lecho y sintió un escalofrío; del fuego de la noche anterior apenas quedaba un rescoldo. Arrimó a las brasas un tronco de olivo y un puñado de paja seca, para que se caldeara la cueva y no fuera tan duro el despertar del viejo hechicero que yacía acurrucado. Tomó un ligero jubón y lo ciñó con un cinturón del que enganchó un afilado cuchillo de sílex y la honda. En los bolsillos puso cuerdas, los útiles de encender y un trozo de carne ahumada. Se colgó cruzándole el pecho,- un pellejo de agua. Cuando salía, encontró un hatillo que le había preparado el hechicero con un amuleto y un par de fuertes trozos de cuero cosidos en forma de pie; los guardó en uno de sus bolsillos porque siempre iba descalzo y observó el amuleto: un tendón atado a un trozo de mineral embadurnado de ocre, con una escisión en el centro. Lo deslizó alrededor de su cuello y al instante se sintió valiente y osado, se sintió invencible.

Bajó la ladera del monte sagrado casi corriendo, con el fresco de la mañana en la cara y tan ligero como si sus pies tuvieran alas.

En el poblado algunas mujeres madrugadoras habían comenzado su actividad sacando a pastar las cabras y ovejas. Una muchacha acarreaba un gran fardo de leña y Yaco la ayudó a transportarlo hasta el hogar donde se cocían, sobre unas losas, tortas de harina de avena con semillas de sésamo por encima. La muchacha le ofreció un pastelillo dorado y crujiente y lo untó con miel; Yaco sintió cómo se

deshacía en la boca el delicioso dulce. Pero no podía detenerse; llenó los bolsillos con pequeños panes aún calientes y siguió su camino a paso ligero.

- ¿A dónde vas tan temprano, Yaco? -le dijeron las mujeres.

Y el aprendiz, sin perder el paso les respondió: "¡ Me voy al mar, al mar!".

Ellas no entendieron pero a él no le importaba porque ya no miraba para atrás.

La primera jornada anduvo por lugares conocidos. Recorrió la orilla serpenteante del arroyo y cuando el sol estaba en el cenit, hizo un alto para descansar junto a la Laguna, un paraíso húmedo cubierto de pinos, enebros, sabinas, járales, álamos y sauces; allí había aves con alas de todas las envergaduras, ánades, cigüeñas, ocaso Encontró frutas silvestres y comió todas las que pudo.

Cuando llegó la noche, ya se encontraba en la ladera de la sierra de la Sal. Los afables habitantes de las casas flotantes acogieron al muchacho. Hablaban un lenguaje muy parecido, tal vez más fluido. Yaco no supo explicar a dónde se dirigía, pero todos comprendieron que el muchacho iba de paso y nada temía, ni siquiera el terrible Cortado de los Buitres. Los hombres, que preparaban una expedición a las minas de lo alto de la sierra, ofrecieron al caminante un lugar para descansar.

Apenas durmió; las viviendas crujían como lamentos y despertaban a Yaco de su agitado sueño. Estaba tan excitado, tan inquieto, tan ansioso de aventuras que no podía esperar a que transcurriera la noche. Se asomó por las rendijas de la pared de madera; las casas parecían flotar en el aire, apenas sostenidas por el resplandor de la niebla. Yaco deseó que amaneciera ya y que se abrieran todas las puertas. Deseó fervientemente conocer lo desconocido. Con el alba salió la comitiva. Los hombres llevaban sujetas a la espalda unas canastas de junco fuertemente trenzado, capaces de contener la fina sal. Caminaban en fila siguiendo una senda tortuosa

que subía por la ladera empinada. Durante un trecho bordearon el Cortado de los Buitres donde unos huesos se pelaban al sol, y las piedras que resbalaban a su paso caían a lo hondo con un eco que helaba la sangre. "No mires abajo", le dijeron, pero él ya había visto un aletea negrísimo que les acompañó hasta dejaron muy atrás el Cortado.

Los hombres trepaban hábilmente con ayuda de un palo sujeto con las dos manos, con tanta agilidad que parecían raros animales de tres piernas. A menudo Yaco se quedaba rezagado, hasta que uno de ellos le entregó un palo y le enseñó a utilizarlo. Ya en la cima se despidieron del joven viajero que tan decidido se mostraba a seguir su camino, y le desearon suerte. Después desaparecieron en la boca de la mina.

Yaco estaba en lo más alto de la sierra frente a una extensión de arena que se perdía en el horizonte: la inquietante Frontera. A partir de ese lugar ya era tierra desconocida y nunca nadie de la tribu había hecho tan largo viaje. Yaco sabía dos cosas: su destino era el este, y su referencia el sol. Miró la sombra que proyectaba su cuerpo y comenzó el descenso.

Al principio era casi agradable deslizarse por la fina arena, hundir los pies en su tibieza, pero luego advirtió lo engañoso del desierto; era cansado apartar la arena a cada paso y apenas avanzaba. Muy pronto se sintió como en una pesadilla en la que no puedes correr aunque lo intentes con todas las fuerzas.

A menudo se detenía a descansar en medio de la árida y muerta llanura, sin animales ni plantas, sin nada que recordara la vida, pero en seguida continuaba. Jamás había caminado tanto; llevaba rozaduras y erosiones en los pies. Se acordó del calzado que el viejo le dio el día de la partida; lavó sus pies con un poco de agua y los introdujo en la confortable y fuerte piel. Ahora se encontraba mucho mejor y sintió gratitud hacia el mago por el regalo que le permitía seguir caminando.

La jornada estaba resultando muy dura; al caer la tarde la

euforia inicial se había esfumado, pero Yaco anduvo un poco más, a pesar del cansancio, anduvo un poco más todavía.

Cuando anochecía se detuvo al fin. Sacó de su bolsillo el trozo de carne seca y la devoró; bebió agua hasta casi agotarla. En cuanto el sol se puso, la tierra se enfrió como se va enfriando el cuerpo de un mamut en cuanto su espíritu lo abandona para ir a la Otra Parte.

Ahora el helor lo invadía todo, pero estaba demasiado cansado para hacer fuego; tampoco había una hoja seca ni una brizna de paja en aquel paisaje absolutamente desolado. Se acurrucó, y se sintió solo. Se sintió tan solo como nunca antes lo había estado. Por encima de él se extendía un cielo negro y estrellado; a su alrededor había silencio y arena.

## Ebol

El tercer día de viaje Yaco se levantó antes que el sol. Tenía hambre; buscó en sus bolsillos las últimas migas de pan y tragó las últimas gotas de agua del pellejo, pero seguía teniendo el estómago vacío. La arena todavía mostraba el color de la noche y él se encaminó hacia la claridad de la aurora. Cuando la naranja silueta del sol se dibujaba en la línea del horizonte, vio que la tersa superficie de la arena se quebraba y un denso bosque se recortaba a lo lejos.

Súbitamente animado aceleró el paso; un bosque significa vida, vegetación, caza... comida.

Ya estaba un buen rato esperando-que el conejo cayera en la trampa. Lo imaginaba ensartado en una caña verde, dorándose sobre el fuego, perfumado de tomillo, y la boca se le hizo agua. Pensó en los manjares que las mujeres del Valle cocinaban, en los succulentos tubérculos que guisaban dentro de pieles suspendidas por encima de las llamas) recordó el olor de la carne ahumada en las hogueras, los trozos de cerdo que cocían lentamente bajo la ceniza hasta tener la corteza crujiente y el centro rosado, el pan tostado sobre la piedra.

El conejo se acercó al brote tierno y cayó en la trampa ingenuamente. Yaco tensó la honda que tenía preparada y lanzó un tiro certero. Pero cuando saltó de su escondite para atrapar el botín quedó paralizado: un lobo le miraba con los ojos entornados, mostrando los colmillos y gruñendo fieramente. El aprendiz vio que el lobo respiraba dilatando mucho el hocico, excitado por el olor de la sangre; era delgado y oscuro, la piel rota de cicatrices y dentelladas, y tal vez tuviera más hambre que el propio Yaco. Pasó aliado del conejo porque deseaba una Pieza mayor, y Yaco lo entendió: supo

que el lobo iba por él. Invocó al amuleto que llevaba alrededor de su cuello, ojalá protegiera de los lobos asesinos. Intentó preparar la honda nuevamente y con los dedos tanteó un guijarro agudo dentro de su bolsillo. Era tarde: el lobo se abalanzaba sobre él y vio brillar entre las rendijas de los párpados del animal su propio miedo reflejado. Y entonces, con un aullido desgarrador, el lobo se derrumbó. En el suelo, ante los pies del aprendiz, yacía el lobo con una pequeña flecha atravesándole la frente. Los ojos seguían entornados y la lengua, que asomaba entre los comillos, goteaba la sangre formando un charquito rojo oscuro.

El aprendiz miró alrededor: sobre una roca un muchacho le enseñaba las manos vacías para demostrar que no iba armado.

Yaco, a su vez, abrió sus brazos con las palmas de las manos hacia arriba, haciendo el gesto universal que indica amistad. Guardaban entre ellos una distancia prudencial, observándose mutuamente. Yaco vió que el otro era más fuerte que él y más diestro en la caza, a juzgar por la atinada flecha; y un poco mayor, tendría ya trece, tal vez catorce años. El arquero, por su parte, vio a un muchacho inofensivo, pero con insólito aire de seguridad a pesar de su pequeña estatura.

Yaco señaló el conejo y expresó su deseo de comer, relamiéndose los labios. El arquero asintió y relajó los hombros con un gesto inconfundible de gato montés. El hielo estaba roto.

Despellejaron el conejo e hicieron una fogata. Hablaban en lenguas distintas pero podían entenderse: el arquero se llamaba Ebol y aprendieron a pronunciar sus nombres. Se dijeron cómo nombraban cada uno al sol, al agua, al amigo en sus idiomas respectivos y, cuando no alcanzaban las palabras, hacían dibujos con tizones. Yaco le indicó sobre un mapa de cenizas que venía de poniente, más allá de la Frontera y de la sierra de la Sal. Ebol le contó que viajaba con otras personas y algunos animales hacia el este. Decidieron seguir juntos el camino, pero antes de partir, Ebol extrajo la flecha del lobo. Yaco la tomó en la mano, no era una punta de sílex, ni de hueso ni de

marfil, sino un material desconocido para él, frío al tacto y sorprendentemente duro. Ebol, viendo la fascinación del muchacho ante el metal, se la dio. El aprendiz la mantuvo en su puño cerrado y sintió que no era un material inerte; durante un instante fue como un pájaro recién nacido, como una pequeña vida apresada entre los dedos.

El campamento estaba en un claro del bosque. Lo formaba un círculo de tiendas hechas con un armazón de palos cubiertos con esteras de cáñamo y yute, que protegían del sol y dejaban pasar el aire.

Cuando anocheceía, extendieron alfombras a las puertas de las tiendas y se echaron sobre ellas. En el centro había una hoguera y alrededor de las llamas los viajeros bebían y conversaban bajo las estrellas. Yaco los escuchaba sin entender; alguien puso entre sus manos una deliciosa bebida caliente de mosto y canela. Entonces una muchacha comenzó a entonar una melodía 'repetida y agradable, y poco después otra joven se puso a desgranar unos sonidos como el eco de las gotas de agua en las grutas umbrosas; Yaco vio cómo pulsaba, con la yema de los dedos, delgadas tiras de piel de chivo sujetas a un bastidor. Los hombres y mujeres disfrutaban realmente de la melodía, de la dulzura y suavidad de la voz, del sonido del raro instrumento, y Yaco se dió cuenta de que aquello no era un ritual para adorar a los espíritus, aquello era distinto del canto del hechicero y sólo se cantaba por placer, por el gusto de agradar. Supo que esto era distinto del son monocorde y repetitivo del brujo. Más tarde, unos hombres acercaron a sus bocas unas cañas y fue como el viento resbalando por el bosque rumoroso, silbando serpenteante alrededor del grupo, enroscándose en las llamas. Los cantos y la música entraron en el interior del muchacho como un rumor espeso y cálido que se fundía con su sangre, y se sintió flotar; por encima de la hoguera y las antorchas vio brillar las mismas estrellas de siempre.

## La Comitiva

Por la mañana levantaron el campamento. Enrollaron las esteras y las cargaron en los asnos,

Durante los días siguientes la comitiva atravesó cañones, cárcavas, barrancos y cortados. Una mujer curó las heridas de los pies de Yaco con emplastos de hierbas y raíz de lirio, y el aprendiz fue considerado como uno de ellos. Los viajeros siguieron las intrincadas sendas trazadas por los jabalíes y, más de una vez, la caravana se detuvo para contemplar una pareja de águilas reales detenidas en lo alto del cielo, majestuosas. Al anochecer se reunían alrededor de las hogueras para entonar melodías y las muchachas adornaban sus cabellos con rosas silvestres.

Ágil como un salmón contracorriente, Ebol se adelantaba a trepar cada risco, a explorar cada cueva pero era Yaco el primero en encontrar las bayas más sabrosas, las nueces, las castañas, los higos negros y blancos; entonces lanzaba un silbido al amigo y entre ambos llenaban los cestos de mimbre. Pero nunca agotaban todos los frutos de un árbol, ni cortaban todas las corolas de manzanilla, ni cogían todos los huevos de un nido; les habían enseñado que sólo hay que tomar lo imprescindible para sobrevivir, que siempre hay que dejar una porción que sirva de alimento a otros caminantes, o de semilla para nuevas plantas.

Sucedió uno de esos días, junto a una charca, cuando más calor hacía.

Un cervatillo se acercó al agua, a refrescarse. Tenía una pata herida y era poco más que un cachorro. Tan grande era su sed que no advirtió la presencia de los muchachos. Estos se detuvieron en seco,

se miraron sigilosos. Ebol humedeció con saliva uno de sus dedos y levantó la mano para sentir la dirección el viento. Hizo una señal a Yaco y, muy despacio, rodearon convenientemente al animal. Se movían de la misma forma que tantas veces habían visto hacer a los lobos, cerrando el cerco alrededor de la presa, que bebía inocente con el morro pegado a la superficie del agua. Una roca impediría la huida del animal hacia adelante y, al volverse, se encontraría con una flecha de Ebol, o con el bien afilado cuchillo de Yaco. Ambos sabían que en estos momentos era preciso permanecer serenos y atentos, sin abandonarse al dulce pensamiento del regreso al campamento con la pieza cobrada y las alabanzas de los mayores. Los muchachos se acercaban con la emoción contenida. Ya estaba el arco tensado, el cuchillo en alto. Y entonces los miró.

Los ojos del cervatillo eran tan dulces que no se podía mantener el cuchillo en alto ni el arco tensado. Y sin haberlo acordado, Yaco dio una palmada y Ebol lanzó un grito. El animal salió trotando, tropezó, se levantó a duras penas y enfiló por la senda en busca de su manada.

Los muchachos quedaron solos en la charca, y sin embargo estaban extrañamente felices. Sus cuerpos mojados brillaban como vasijas de barro barnizado y sintieron que todo poseía una vida breve y profunda a un tiempo, y que todas las vidas eran valiosas; la del león, que luchaba fieramente para conservarla, y la vida insignificante de la amapola, que quedaba exangüe un instante después de separarse de la tierra.

Cuando regresaban al campamento, cruzaron un bosquecillo de chopos. Entre las ramas de un árbol encontraron un nido con huevos. Esta vez los cogieron todos.

El tiempo fue pasando y la luna por dos veces murió y volvió a renacer. Cuando encontraban una vega fértil, un lugar con sombra y agua abundante, la caravana se detenía a descansar varios días. Hicieron un alto en un valle donde había plantas útiles para la

curandera, beleño que desinfecta, malvarrosa que en infusión era un suave narcótico y raíz de lirio para reducir la inflamación. Otra vez se detuvieron porque una borrica iba a parir y permanecieron en el mismo lugar hasta que el potrillo pudo caminar junto a su madre.

Durante toda una jornada estuvieron atravesando un extraño paraje de tierra roja con brillantes vetas de mármol, poblado de enormes piedras verticales, menhires desafiantes levantados por otros Antepasados. Los hombres y las mujeres de la caravana caminaban en silencio como si no quisieran turbar el descanso de los que esperaban su resurrección, porque igual que la luna, el astro que ayudaba a marcar el ritmo del tiempo, moría en cada una de sus fases y luego resucitaba, ellos esperaban renacer. Por eso hacían rituales en honor de sus muertos, para asegurar el paso hacia otra vida; y todos los ritos tenían la misma finalidad. Yaco, pensó en el ocre, símbolo de vida, con el que el brujo espolvoreaba a los cadáveres. Pensó en las tumbas de la sierra del Cuchillo, rodeadas de ofrendas y ajuares para el largo viaje al país de los muertos. Luego miró las piedras enormes que se erguían al sol. Comprendió que todos los hombres de todas las tribus de todos los lugares tenían el deseo desesperado de seguir viviendo. Y el aprendiz se sintió un poco hechicero, tomó un puñado de aquella tierra rojiza, la lanzó al aire y dijo la oración sagrada que el brujo entonaba para alcanzar vida más allá de la muerte.

Y siguieron caminando. Pero ahora la vegetación empezó a cambiar; el aprendiz nunca había visto aquellos penachos verdes cargados de dulces frutos en lo alto de troncos aparentemente secos, y guardaba las semillas de palmera en un saquito para plantarlas en el Valle. Además, desde hacía pocos días, unas aves completamente blancas volaban en círculos sobre ellos y graznaban alocadamente. La atmósfera se cargaba de presagios a lo largo de las horas, pero al final de la tarde, nada había sucedido y sólo encontraba tierra y montes y valles a su alrededor, y Yaco se acurrucaba junto al fuego y pensaba en la gruta, en la pintura maravillosa, en el mar.

Inesperadamente, un día como todos los demás, después de cruzar una vaguada seca llena de zarzas y ortigas, cuando ya estaban fatigados por el largo viaje y caminaban en silencio, subieron a una colina poco elevada. En la cima Yaco sintió un olor desconocido, un poco picante, un poco salado. El extraño perfume lo invadía todo, impregnaba el pelo, la piel. Yaco buscó la fruta que exhalaba tal olor, pero no la encontró.

Miró al este y allí estaba: en el horizonte el cielo y la tierra se fundían en una mágica cinta azul.

Cerró los ojos un momento. Luego los abrió lentamente. Aquella inmensidad le estaba esperando. Era cierto, era. Posible encontrarlo. El aprendiz sintió vértigo y notó el latido veloz de su propio corazón.

## El mar

Lo contemplaba durante todo el día. Yaco no se cansaba de mirar el mar, de admirar la belleza de los charcos poco profundos abandonados por el reflujó del mar, las ráfagas de aire fresco y salobre. El deslumbrante color, el olor, el sonido de las olas.

Ebol se marchó con los viajeros. Yaco lo despidió desde la orilla; los dos muchachos abrieron sus brazos con la palma de las manos hacia arriba, haciendo el gesto universal que indica amistad, y después la comitiva se fue alejando por la playa.

Yaco plantó su tienda en la arena. Dejaba transcurrir semanas sin hablar con nadie. Los que por allí pasaban se quedaban mirando la silueta del delgado muchacho ensimismado. El aprendiz no necesitaba casi nada para vivir; aceptaba algún pescado, alguna fruta que la gente le ponía al alcance de la mano. No quería nada más; parecía que aquella maravillosa visión fuera suficiente alimento para él y no se podía apartar del hechizante vaivén de las olas.

Quería ver el mar los días diáfanos y los nublados; a mediodía y bajo una tormenta; quería verlo al amanecer y al anochecer. Sabía cómo lucía bajo cada una de las fases de la luna. Conocía las mareas que convertían la superficie del mar en un fantástico animal que avanzaba por la noche o le hacía replegarse más allá de la línea de los guijarros.

En la noche del solsticio de verano, la luna rielaba en el agua. El muchacho permaneció inmóvil mucho tiempo, con una expresión de felicidad completa en el rostro. Las piedras, suavizadas por mil golpes de mar, murmuraban una enigmática salmodia. Y entonces sin saber cómo, sucedió; todo aquello que se imponía entre él y la

naturaleza comenzó a disolverse. En la intensa atmósfera de la noche. el aprendiz tuvo el conocimiento de ser uno con el mar. Y él mismo era cálido y brillante como una playa.

## El buscador de almejas

Esperó ansioso el otoño para ver el mar en esa estación; le sentaba bien porque multiplicaba la gama de azules hasta el infinito.

Ahora el clima era muy dulce; aún podía permanecer casi desnudo todo el tiempo. Se alimentaba de las almejas que hallaba entre la arena, hundiendo las manos. Las abría con la punta de flecha de Ebol y sorbía el músculo delicioso que lo alimentaba y lo impregnaba también por dentro del salobre sabor del mar. Después se sentaba junto a la tienda y permanecía quieto como una roca más.

Veía emerger el sol desde el mismo mar, allá en la línea del horizonte, recorrer su camino por el firmamento y ocultarse detrás de las dunas, al oeste, después de haber descrito un círculo perfecto. Por la noche, miraba la luna y las estrellas, que se arrastraban tras la estela del sol, y él también se sentía dentro del círculo del universo, lleno de paz y de dicha, así un día tras otro, sin más deseo que permanecer de esa manera. Siempre.

Durante un tiempo le estuvo rondando un perro vagabundo. Lo olisqueaba, le hacía fiestas, brincaba a su alrededor; el impasible muchacho permanecía con la mirada enredada más allá, siempre más allá. Y el perrillo le lamía los pies, se tendía a su lado, junto a él dormía; pero el muchacho nada advertía porque ahora Yaco estaba aprendiendo a no sentir su cuerpo, estaba aprendiendo a disolverse, como la

niebla o el humo, entre los grises y los azules. El perro permanecía junto al extraño muchacho esperando en vano una caricia. Un día tras otro.

Una mañana, al despertar, Yaco sintió una ausencia imprecisa. Extendió los dedos, pero estaba solo. Más tarde, mientras buscaba

Almejas, vio un anciano que caminaba junto a un perro entre las dunas; el anciano le recordó al hechicero, y el perro le resultaba vagamente familiar,) pero no se detuvo a pensar porque quería ver la primera de las estrellas luciendo sobre la línea del horizonte.

Bajo el cielo frío del invierno estuvo junto al mar. Aguantaba las rachas de viento rugiendo como una manada de rinocerontes sin nada importarle porque, ahora, el mar parecía soberbio, imponente grandioso.

Hizo un lecho con ramas de palmera para preservarse de la Humedad y aceptó un manto tejido con lana de oveja que alguien le ofreció.

Por la noche, el mar, que tenía mil caras, mostraba su lado más inquietante. El aprendiz se había acostumbrado al rumor del agua en movimiento; lo conocía.

Por eso, una noche se extrañó cuando escuchó que alguien quebraba la superficie del agua y rompía el ritmo de las olas: fue la primera vez en mucho tiempo que algo ajeno al mismo mar llamaba su atención. Vio que una balsa de troncos, y luego otras dos más atracaron en la orilla, muy cerca de su tienda. Los navegantes arrastraron las balsas sobre la arena y encendieron fogatas para protegerse del frío. Plantaron junto al fuego unos palos y entre ellos tendieron los mantos para que se secaran. Yaco se acercó un poco más: olfateando, y vio cómo los navegantes sacaron brasas del interior de las hogueras y formaron un lecho enrojecido; sobre él asaron ostras: mejillones, y otras pequeñas conchas que desenredaban de unas madejas de esparto que colgaban de los lados de las balsas.

Después, los navegantes cesaron su tarea se sentaron en el suelo formando un círculo. Pero no fue el delicioso olor, ni las figuras recortándose en la lumbre lo que más atrajo al aprendiz, sino un hombre que en pie hablaba a los demás con un lenguaje desconocido El hombre acompañaba sus palabras con ademanes que parecían da! forma a a todo aquello que decía su boca; a veces afinaba la voz y el

gesto, y Yaco veía los rostros de los oyentes iluminados por el fuego que también se enternecían; y luego el hombre ahuecaba el sonido que salía de su garganta, como un eco atronador, y los que escuchaban, espantados se tapaban los ojos, los oídos, sin querer oír aquel tormento; pero Yaco veía que entre los dedos que escondían los rostros de los oyentes, asomaba medio ojo y un anciano afinaba el oído haciendo pabellón con la mano para no perder ni una sola de las palabras del narrador. El aprendiz también estaba absorto en la historia incomprensible, y cuando el hablador arrugó su cara en una mueca cómica y todo el grupo explotó a reír y rodaban por el suelo sujetándose la barriga sin poder aguantar las carcajadas, también Yaco sonrió. Y después el hombre seguramente contó una historia muy triste porque algunas... mujeres lloraban y los demás tenían una expresión muy compungida, y algunos asentían con la cabeza, y otros negaban moviendo la cabeza, apesadumbrados.

El aprendiz, fuera del círculo, miraba la escena y se dejaba calentar por una de las hogueras. Estaba de rodillas en el suelo; instintivamente con su mano escarbaba en la arena buscando conchas. Y fue entonces cuando notó que alguien respiraba a su lado.

Al volverse encontró a una chiquilla que le miraba a los ojos descaradamente. En el Valle, las mujeres jamás miraban a los hombres Directamente, ni siquiera a sus hijos varones en cuanto dejaban de ser bebés.

Yaco se levantó pero no hizo ademán de huir. Se encontraba Allí, debajo de las estrellas, en frente de una muchacha que le observaba sin ningún pudor, y el aprendiz tuvo el presentimiento de moverse en territorio desconocido. Y apasionante.

La muchacha levantó la mano y tocó el pelo de Yaco, masculló algo en su idioma y, por sus gestos, él se dio cuenta de que eran sus cabellos enmarañados y enredados de algas lo que llamaba la atención de la muchacha. Ella lo examinaba como a un extraño animalillo, recorría con los dedos la piel tostada del muchacho y la perenne costra

de sal que dejaba el agua de mar al secarse, miraba con curiosidad los andrajos que cubrían el cuerpo casi adolescente. Por un momento se sintió molesto, y sin embargo, era tan agradable sentir cerca los brazos de la muchacha, que no se movió; permaneció quieto, temiendo que la muchacha se asustara y dejara de tocarle, y se fuera. Él también la miraba: era blanca, muy blanca, como esculpida en hueso. Yaco notó su propia transpiración, notó cómo le corría el sudor por detrás de las orejas y le formaba un hilillo frío que bajaba por la espalda; se derretía como la manteca. Pero no se movió.

La muchacha descubrió la bolsa donde guardaba las conchas y la mantuvo en sus manos, intrigada. Luego, con un movimiento rápido, la vació. Quedó esparcido por el suelo el botín de Yaco y la muchacha, inesperadamente sonrió. Su boca húmeda relampagueó a la luz de las hogueras, y Yaco notó como una punzada en el medio del pecho y sintió el sabor salobre de su propia boca más intenso que nunca. Vio que llevaba la cabellera recogida hacia arriba y dejaba al aire una ancha frente. El rostro tenía todavía las mejillas redondas y suaves de las niñas. Y sin embargo parecía ya una mujer. Por un instante, el aprendiz deseó poderse cobijar entre los pliegues de su manto, como hacía en las noches de tormenta, y respirar el olor a canela y espliego de las mujeres.

Y entonces la muchacha acercó sus labios y lo besó. Durante una eternidad, o tal vez un instante, se mantuvo quieta, destilando algo tan dulce que Yaco pensó que era miel, la misma miel que resbalaba al estrujar los panales del Valle, miel dorada y densa que resbalaba por dentro del cuerpo; o quizá era la savia que destilaba el arce, un árbol al que se hendía la corteza para que manara la savia dulce.

Como en un sueño, oyó tintinear los brazaletes de la muchacha; estaban hechos con el mismo extraño material de la flecha de Ebol. Yaco rozó el colgante que llevaba en la garganta: una luna con los cuernos hacia el suelo; el metal era muy frío en contraste con la

tibieza del cuello de la muchacha. Le vio los ojos brillando como dos ascuas, muy cerca; sintió la boca, voraz, y no recordó haber tenido nunca una sensación parecida. O quizá sí, una vez que tuvo entre las manos la hermosa flor del espino.

Ahora la muchacha hablaba y su voz era como el lenguaje de las fuentes; el aprendiz se dejaba arrullar por los armoniosos sonidos, hincado en la arena, sin moverse un ápice para no romper el hechizo, experimentando ese nuevo sentimiento desconocido e inquietante. El relente de la noche ya lo cubría todo. Yaco imaginó que toda ella era una fruta. Le extrañó el deseo de lamer su piel húmeda, pues eso era exactamente lo que estaba deseando.

Ya clareaba cuando la muchacha se marchó haciendo tintinear suavemente las ajorcas de los tobillos.

A la mañana siguiente los navegantes habían partido y durante muchos días Yaco tuvo el sabor dulce de la muchacha en su boca.

## Recordar

Llegó la primavera.

Los días se alargaban y tenía más tiempo para contemplar los cambios que el mar experimentaba. Arrojaba una piedra al agua y se quedaba mirando los círculos concéntricos que se formaban en la superficie. Durante horas permanecía absorto ante los sutiles colores de la arena, las variaciones en el tono de la luz cambiante, el gris luminoso, el pálido violeta.

Y una vez pensó que le gustaría pintarlo. Desleír un poco de jade y formar las suaves crestas; con unos leves trazos blancos formar la espuma, y las gaviotas. Pensó que le gustaría, tal como hacía el maestro con los bisontes, reproducirlo fielmente para poseer su espíritu y llevar el mar tierra adentro. Llevarlo al Valle.

Esa fue la primera vez en mucho tiempo que Yaco se puso triste; tal vez porque encontró en un bolsillo un saquito de semillas de palmera. Y empezó a recordar.

Aquella noche tuvo un sueño.

Soñó con el hechicero. El anciano estaba en la cueva de la Montaña sagrada, junto al fuego. Contemplaba dos montoncitos que tenía delante de sí en el suelo, uno de cenizas, otro de semillas. Los miraba con atención, como si tuviera que resolver un enigma. Detrás del anciano, en la pared de las lisas piedras, la silueta difuminada en tintura negra y roja de unas manos provocó, una vez más, la ansiedad, la inquietud que siempre le causaban a Yaco las pinturas de los antepasados. Las llamas proyectaban sombras sobre la roca y la gruta entera parecía latir.

Yaco guardó silencio ante aquella escena íntima; deseaba

hablar con el viejo, pero no quería interrumpir aquel momento de reflexión del maestro. Sin embargo, el anciano advirtió su presencia y le hizo sentar con un ademán que daba a entender que disponía de todo el tiempo del mundo para escucharle.

-Maestro, he visto lo Azul. He estado en el mar. Y era... era Yaco se dio cuenta de que su lengua no podría expresar nunca lo que habían visto sus ojos- ... era todo tan... maestro, era...

Una sonrisa iluminó el rostro del anciano y dijo:

- Tal vez con pigmento de lirio, para el violeta del agua; y ralladura de sílex blanco para la espuma de las olas...

-Sí, -dijo el aprendiz aferrándose al puente de colores que le tendía el maestro- es verdad. El ocre de las llanuras es el de la arena, y el rojo de los atardeceres cárdenos del Valle es el color del cielo un instante antes de que salga el sol sobre el mar; y el pigmento negro de las rocas cubiertas de algas es como...

Entonces el hechicero hizo callar al muchacho acercando un dedo a sus labios al tiempo que levantaba una mano huesuda y le indicaba con un gesto que se fijara en los dos pequeños montones. Pero Yaco solo veía cenizas y semillas. Trataba por todos los medios de entender lo que el maestro le decía, pero estaba confuso, angustiado. Tomó aliento y el aire perfumado por el humo de la madera era picante como la brisa salada. El anciano seguía señalando los dos montoncitos.

Y en ese momento Yaco lo supo. La idea le vino como un destello, como un golpe de luz en medio de la oscuridad; se dio cuenta de que todo el tiempo lo había tenido delante. Las paredes de la cueva, recorridas por las sombras de la lumbre, latían y Yaco sintió cómo la vida se arremolinaba a su alrededor. Yaco supo entonces que se pueden obtener todas las respuestas sin tener que ir muy lejos. Yaco miró los ojos del maestro infinitamente cálidos, y dijo:

- Las cenizas, las semillas. Nada separa el pasado del porvenir.

A la mañana siguiente, cabalgando por el cielo, llegaron

nubarrones como jinetes oscuros. La nostalgia fue envolviendo a Yaco como un velo, como una niebla que se espesa un poco más cada vez.

Unos días después Yaco estuvo mucho rato mirando el brillo de una tela de araña recién llovida, y una tarde soleada se entretuvo contemplando una lagartija que abría y cerraba sus garras voluptuosamente sobre la arena caliente. Estaba aprendiendo poco a poco, tal vez sin darse cuenta, a ver el mundo con otros ojos, quizá con los del hechicero.

Daba largos paseos por la playa, pero ahora miraba dentro de sí, y advirtió que lo más diminuto es a veces lo más valioso.

Una tarde encontró una caracola enterrada en la arena. Yaco la aplicó a su oído y escuchó el viento que azotaba la ladera de la Montaña Sagrada.

Otro día se sintió triste, con esa tristeza que no se pasa llorando. Se fue al mar buscando consuelo, pero sólo encontró el graznido de las gaviotas entre las nubes cenicientas.

Y entonces comenzó de nuevo a caminar. En su corazón había empezado a crecer una idea: regresar.

## **Nota final**

Decidí, en principio, crear el personaje de Yaco dentro de un microcosmos histórico con una base real. Para ello me sumergí de lleno en la historia: Arnold Hauser, F. Bordes, L. Pericot, Leroi-Gourhan, el padre Lasalde, Fausto Soriano, Miguel Ortuño... Aquel espacio extraño para mí, cada vez se convertía en algo más extraño, pero más apasionante. Lo reconozco, no he tenido la fuerza necesaria para describir mi idea inicial tal como pensaba; me he perdido en la historia, pero ha sido un viaje alucinante. El mundo de Yaco pudo ser así...y pudo no serlo. Lo único cierto es que era un tiempo donde cabía la magia. Sin embargo, confío en que sirva para asomarnos al pasado, que es caminar hacia el futuro. .

Este libro se terminó de imprimir el día 28 de Enero de 1997,  
festividad de Santo Tomás de Aquino,  
en los Talleres de Yecla-Grafic.

LAVS DEO